

MARIO GÓMEZ GIMÉNEZ

# EL ÚNICO HOMBRE VIVO

UNIVERSO  
LETRAS



## El único hombre vivo



## **El único hombre vivo**

Mario Gómez Giménez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de auto-publicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Mario Gómez Giménez, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras  
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

[www.universodeletras.com](http://www.universodeletras.com)

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417926281

ISBN eBook: 9788417927288

# Prólogo

El día 28 de junio de 2019, el Hospital Clinic registra el ingreso de varios pacientes por una extraña enfermedad que parece ser la causante de varios altercados en las tranquilas calles de Barcelona. Tan solo doce horas después, el Govern de Catalunya sitia la ciudad siguiendo un misterioso protocolo de cuarentena. Reina el caos y el terror cuando la enfermedad se desata sin control por la ciudad, causando miles de muertes por enfrentamientos contra los infectados.

Álex Torrent, un joven policía de los Mossos d'Esquadra, luchará para sobrevivir en una ciudad conquistada por la aparente enfermedad. Mientras, fuera de Barcelona, Eva Llull y su equipo de investigación periodística tratará de investigar la causa de los hechos, la desinformación de los medios de comunicación y las extrañas maniobras de los gobiernos detrás de esta trama para esclarecer la verdad.

AUTOR: Mario Gómez Giménez.

# Capítulo 1

## ***¿Hasta cuándo duraremos?***

*Siempre se ha dicho que el ser humano camina hacia lo desconocido. En términos absolutos esto no es del todo cierto. De hecho, es bien sabido que si no cambia mucho la perspectiva, el hombre camina inexorablemente hacia su extinción.*

*A pesar de la evolución humana, la experiencia de la raza y los avances tecnológicos, nada de esto parece cambiar la opinión de aquellos que prevén un trágico desenlace de la historia del hombre sobre el planeta al que hemos denominado Tierra.*

*Guerras entre humanos, enfermedades incurables, cataclismos naturales... El abanico de posibilidades para el fin de nuestra raza es realmente amplio. Incluso nos atrevemos con posibilidades más remotas como una violenta evolución de inteligencia artificial o la invasión de seres de otros planetas más avanzados tecnológicamente que nosotros.*

*Podemos hacernos una idea de cómo podría ser el fin. Pero la pregunta que más nos intriga es cuándo. Podría ser el mes que viene. Quizás el año próximo. O tal vez dentro de unas décadas. ¿En los próximos siglos? De hecho podría ser mañana.*

*Mañana mismo podríamos despertar de nuestra confortable cama, asomarnos a la ventana y ver que nuestra querida Barcelona ya no existe sobre la faz de la Tierra. Fruto de un ataque nuclear de una nueva guerra mundial, un terremoto de escala Richter mayor de ocho, o un infeccioso virus del*

*que no se encuentra cura. Por citar uno de los muchos ejemplos que contemplamos.*

Blog personal Amante Terrícola, 26 de junio de 2019, a las  
20:13 horas.

## Capítulo 2

Eran las diez de la noche. Después de unos instantes de labores de seguridad vial en la plaza España, la ciudad de Barcelona parecía tranquila. Con su bullicio habitual de una noche del comienzo del verano, pero sin nada extraño que mencionar.

Mi compañera, Julia Romeu, y yo, charlábamos sobre los alquileres vacacionales de Barcelona mientras patrullábamos ahora por la Avinguda Paral.lel. Este tema de conversación era un punto importante en los problemas de la ciudad y uno de los que más disgustaba a mi compañera. De normal, era una mujer de treinta y cuatro años, muy jovial, agradable, inteligente y muy responsable. Pero el tema la preocupaba y la enfurecía un poco porque su familia estaba viviendo este problema en primera persona. Nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—Como no se haga algo al respecto, los ciudadanos de toda la vida nos vamos a tener que ir a las afueras —dijo Julia mientras se ajustaba la coleta de su cabello moreno y rizado.

—Yo ya vivo en las afueras —bromeé con una sonrisa para acabar con el tema de forma simpática.

Ahora subíamos por las Ramblas de Barcelona, sin hablar, concentrados en la observación. Algo habitual cuando se circula por esta avenida larga y de ambiente multicultural. Esta rambla siempre mostraba un buen cúmulo de incidencias durante el día y había que tener los ojos bien abiertos.

De repente, por radio, nos informaron de un disturbio en el Hospital Clinic. Al parecer, un paciente se había puesto muy nervioso y había atacado a varios enfermeros del hospital. Nosotros no íbamos a ir al haber otra patrulla cercana para esa incidencia.

Esta información no despertó mucha curiosidad en nosotros como para tener que comentarla. Podía ser perfectamente un altercado raro de los muchos que registrábamos durante la jornada. Pero lo que sí nos llamó la atención fueron las siguientes informaciones sobre distintos altercados.

Al parecer, dos personas estaban provocando disturbios en el barrio mariner de la Barceloneta. Posiblemente dos personas bajo los efectos de alcohol y de estupefacientes. Aquí tampoco íbamos a ir porque otra patrulla ya estaba cerca de ellos para intervenir a estos individuos.

No pasaron ni tres minutos cuando por radio nos informaron de otro altercado más. Ahora en el bohemio y bullicioso barrio de Gracia, donde se comentaba que un hombre de unos cincuenta años había asaltado, él solo, un restaurante que estaba ya cerrando sus puertas.

Minutos más tarde, otro incidente más en la radio. Ahora en el mágico barrio del Born, donde un grupo de jóvenes la había tomado con varios transeúntes de la zona y pedían con urgencia la intervención nuestra.

Un poco confusos, encendimos la sirena de nuestro coche policial, dimos la vuelta a la Rambla, alcanzamos la plaza Colón y nos dirigimos dirección al Born. Aunque ya nos íbamos mentalizando de lo que podríamos encontrar cuando llegáramos, mi cabeza se preguntaba por qué en cuestión de minutos habían dado aviso de tantos altercados, todos seguidos. No era habitual. Y mucho menos por las noches que, a pesar de la fama que tiene las incidencias durante la nocturnidad, realmente eran bastante menores en cuanto a gravedad y número.

Tanto Julia como yo llegamos muy concentrados a la plaza famosa del Born de Barcelona, una de las más señoriales de la ciudad. Había mucha gente de pie. Expectante, como si ocurriera algo extraordinario.

En una primera visualización del entorno desde el interior de nuestro Seat León parecía que los mismos ciudadanos habían reducido a los agresores y los habían agrupado en las escaleras de la gran puerta del Centro de Cultura y Memoria. Varios ciudadanos increpaban a los reducidos desde una distancia prudente. Bastante furiosos, seguramente a causa de que los hubieran atacado por motivos desconocidos. Y otros ciudadanos impedían que los agresores se levantaran de la escalera, empujándolos, forcejando o pegándoles nuevamente.

Pedimos refuerzos de otro coche patrulla y una ambulancia a través de la radio. Tomamos aire y bajamos del coche. Todos nos miraban ahora. Éramos el centro de atención, como no podía ser menos. Tan solo al dar unos pasos, una mujer de unos veintiocho años, con cabello rubio, nos informó que los habían atacado mientras tomaban algo en los bares de alrededor de la plaza.

—¡Mira lo que nos han hecho! —nos decía mientras nos enseñaba unos moratones en los hombros y señalaba las magulladuras de su acompañantes.

—Tranquilícese, señora. Viene una ambulancia de camino —contestó firme Julia.

—Esos son los agresores, los del suelo —añadió otro hombre menos histérico y con intención de ayudar mientras los señalaba.

Nos dirigíamos a las personas que estaban tiradas en el suelo, en las escaleras previas a la enorme puerta de madera. Estos eran, en principio, los agresores y causantes de este altercado. Tres jóvenes de unos veinte años. Dos estaban en el suelo de lo alto de la escalera, inconscientes y boca

abajo. Mientras, el tercero estaba luchando por liberarse de dos ciudadanos que lo retenían inmovilizado en el suelo, también boca abajo y con los brazos detrás de la espalda, como si estuviera esposado.

—¡Nos han atacado! —comentó un hombre de unos treinta y ocho años que inmovilizaba al agresor con ayuda de otra persona más o menos de su edad—. Así, sin más.

Había algo muy extraño en ese chico inmovilizado. No paraba de gemir, gruñir y se sacudía con fuerza para liberarse. Parecía muy irracional y enfurecido. Me posé sobre su espalda y lo esposé con la ayuda de los dos hombres que lo retenían en el suelo. Fue mucho más fácil que las otras veces al disponer de más manos para retener a un agresor.

Julia, por su parte, esposó a los otros dos muchachos inconscientes y los sentó en la escalera con la intención de que estuvieran en una posición más natural. Quería esperar a que despertaran para montar un pequeño interrogatorio que nos diera unas primeras pistas de lo sucedido.

—¡Por favor, cálmese de una vez! —gritaba yo al agresor que había esposado en el suelo.

No había manera, este chico, aun estando esposado, trataba de liberarse como si no hubiera un mañana. Lo normal era que ya se hubiera dado por vencido, pero este se sacudía pese a tener la batalla perdida.

Julia estaba pidiendo declaración a algunas personas testigos del acontecimiento o que incluso habían formado parte de las agresiones aleatorias de estos jóvenes. Porque una cosa teníamos clara desde que recibimos la información por radio: estos tres jóvenes habían atacado como locos a varios transeúntes. Con esto y con lo que estábamos viendo, descartábamos que fuera una batalla entre bandas o grupos de jóvenes, un ajuste de cuentas o algo por estilo. Era como si estos jóvenes hubieran decidido competir por

ver a cuántas personas eran capaces de agredir por la calle. ¿Sería el nuevo reto viral o un nuevo juego de rol?

La mayoría de heridos —seis en total— presentaban moratones en algunas partes de su cuerpo junto con alguna camisa o pantalón rasgado, fruto de los forcejeos. Solo tres de ellos presentaban alguna herida de relativa gravedad como un mordisco o algunos arañazos más profundos. Todo bastante leve. Esperábamos una ambulancia para todos ellos. Una ambulancia que tardaba en llegar.

Fue entonces cuando me evadí un poco de la situación para pensar que justo antes de venir aquí a la plaza del Born habíamos escuchado varios altercados por la radio. Quizás por eso los refuerzos y la ambulancia se retrasarían un poco. Seguí haciendo mi trabajo interrogando a varios testigos junto con Julia, que examinaba a los agresores, pero miraba con inquietud al único que no estaba inconsciente y que pese a estar esposado ya varios minutos seguía haciendo por liberarse. Increíble.

Era realmente muy extraño. Su manera de gemir, sus gruñidos, su forma de moverse y de gritar sin llegar a formular una palabra. Me fijé más en él. Era un joven de mediana altura y de unos veinte años. De piel morena, pelo muy corto y oscuro. Llevaba un polo de color naranja y unos pantalones piratas de color azul marino. Apretaba la mandíbula con furia y tenía los ojos como platos. Desde mi distancia le podía ver venas rojas en sus ojos. Parecía poseído.

Viendo las carteras y documentación que estos portaban en alguno de sus bolsillos, Julia podía comprobar que eran franceses, posiblemente turistas jóvenes que venían aquí a Barcelona a conocer la ciudad y salir de fiesta. Lo típico. Lo que no era típico eran sus formas. No dejaba de ser extraño esa borrachera, esa actitud, esa... lo que fuera que hubieran probado, esnifado, chutado, etc., para comportarse de ese modo.

—Julia, ¿qué opinas? —le pregunté cuando conseguimos que los mirones se alejaran un poco de la escena.

—Pues no sé, Álex. Mira el enfermo este —contestó sorprendida—. ¿Te parece normal?

—No tenemos aviso de ningún tipo de estupefaciente que cause algo así. Debe ser algo nuevo.

Mi respuesta fue lo que me llevó a tener más curiosidad. Intenté examinar por encima a ese joven esposado y enfurecido, pero con la suficiente distancia como para salvarme de un escupitajo o de algún fluido asqueroso del chaval. Lo que no quería es que me pasara cualquier tipo de cosa con su saliva, sudor, etc. A saber qué habrían probado estos chicos.

El hombre no respondía a ninguna de mis preguntas, pero sí a mis estímulos. Me seguía con su mirada. No lograba calmarse cuando yo le decía que se calmase y que, por favor, se tranquilizara. Movía la cabeza sin mirar a un lugar fijo y cuando parecía tranquilizarse volvía a mirarme furioso. La oscuridad y la distancia no me dejaban ver sus pupilas, pero sí podía ver venillas rojizas en sus ojos, posiblemente de la tensión que tenía. No parecían estar dilatadas las pupilas, fijándome un poco más.

—Joder, ¿es que no van a llegar nunca? —musitó Julia mientras me miraba de reojo con cara enfadada.

Fui hacia el coche a contactar por radio con la central a ver si me podían ofrecer algo de información.

—Aquí Álex, necesitamos una ambulancia en la plaza del Born —pedí con firmeza por el *walkie talkie*—. Y una patrulla, si es posible, por favor.

No hubo respuesta. Pero sí escuche una nueva información. Me detuve a oírla por curiosidad y porque empezaba a preocuparme un poco. Algo no iba bien esta noche. La nueva información por radio pedía que varios coches patrulla fuesen a la Sagrera donde había nuevos disturbios. Una

pelea callejera entre bandas o algo por el estilo. En uno de los barrios más tranquilos de la ciudad, precisamente.

—¡Y una mierda! Lo de la Sagrera son varios tipos como estos tres —musité.

—¿Pasa algo, Álex? —me preguntó Julia.

—Hay más disturbios, ahora en la Sagrera.

—¡Joder! —exclamó Julia.

—¡Espera! —interrumpí a Julia justo cuando iba a decir algo.

Otra nueva información. Ahora un disturbio, en la calle Balmes. Al parecer un grupo de jóvenes y otra pelea más en la calle. La cosa no terminaba ahí. Ahora informaban de que en cuestión de una hora se había recibido en distintos puntos de Barcelona varias peticiones de atención médica y asistencia policial por violencia doméstica.

—¿Lo estás oyendo, Julia?

—Basta de conjeturas. Llama al sargento —ordenó Julia de forma muy directa.

Así lo hice. Al fin y al cabo, Julia era mucho más experta que yo. Yo solo era un joven policía con mucho por aprender, por eso Julia me dejaba tomar la iniciativa en muchas operaciones, o bien ser yo el que interactuase con los superiores para curtirme en el oficio. Aunque no me gustaba mucho recibir órdenes, lo cierto es que agradecía que ella me dejara este tipo de cosas a mí.

Marqué el número de nuestro sargento, Arnau Gutiérrez, y enseguida contestó a la llamada.

—¿Agente Torrent? —preguntó la voz ronca de mi sargento al otro lado del teléfono.

—Sargento, tenemos a tresdetenidos, no viene la ambulancia y tampoco la patrulla solicitada —expliqué.

—Agente Torrent, escúcheme —pidió interrumpiéndome—. Nos están notificando decenas de disturbios por toda la ciudad, aparentemente con violencia física por parte de los

agresores. Estamos desbordados, hemos pedido refuerzos de fuera de Barcelona para que vengan a ayudar. No sabemos qué pasa exactamente.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido.

—Traigan a los detenidos a la comisaria y pónganse en marcha a ayudar a sus compañeros con los disturbios más cercanos —ordenó—. ¿Lo tiene claro, agente Torrent?

—Muy claro, sargento. Allá vamos —contesté firmemente.

En verdad no lo tenía claro porque estaba en *shock* tras oír todo esto. Mi cabeza comenzaba ella sola a hacer sus cábalas. ¿Una droga? ¿Un ataque terrorista organizado? El sargento parecía bastante nervioso y eso que era una persona muy tranquila en general.

Avisé a Julia de lo comentado con el sargento y no le gustaba nada la idea de llevar a tres personas raras, drogadas, enfermas o lo que sea, en el coche patrulla. Comprensible.

—No pienso montar a estos atrás, llámame poco profesional —dijo mientras se colocaba bien la gorra.

—Pero Julia, ¿los vamos a dejar aquí sin más?

—Que venga una ambulancia y haga sus primeros análisis antes que nada —me dijo calmada, sincera e incisiva.

—No podemos dejarlos aquí e irnos. No es lógico ni sensato. Por no hablar de la imagen que daríamos yéndonos.

—Los esposamos y luego regresamos —decidió con firmeza.

Sabía que tenía parte de razón. Una cosa era detener a un borracho, a un maleante, a un ratero, etc., pero detener a unas personas que podrían pasarte algún tipo de enfermedad mientras la llevas al calabozo no me parecía muy adecuado. De hecho, no me parecía adecuada la orden del sargento si lo pensaba fríamente.

—¡Julia, espera! He escuchado algo en la radio.